



## LA EUCARISTÍA.

### Memorial de la Pasión.

#### I.—ADORACIÓN.

**A**DORAD á Nuestro Señor diciendo en la Cena: «Este es mi cuerpo, que es entregado: *Corpus quod traditur*; mi sangre, que es derramada: *Sanguis qui effunditur*. Haced esto en memoria de mí: *Hoc in mei memoriam facite*. Siempre que consagrareis y comiereis mi carne y mi sangre, anunciareis mi muerte: *Quotiescumque..... mortem Domini annuntiabitis.*»

Adorad á Jesús instituyendo su Eucaristía la víspera de su muerte, y haciendo confundir en una sola relación, por los evangelistas, el

hecho de su Pasión con el de la Eucaristía: *Prius quam pateretur*.

Evidentemente Nuestro Señor creó entre la Eucaristía y la Pasión lazos estrechos indisolubles; y como la Eucaristía es para perpetuarse aquí abajo, se perpetuará en su íntima alianza con la Pasión y la Muerte del Salvador. Ella será su memorial auténtico, perfecto y perpetuo. Este título de memorial, que el Salvador le da aquí, *in mei memoriam*, la Iglesia lo consagrará. Este será de institución divina y expresará uno de los fines esenciales y sacramentales de la Eucaristía: *Deus qui nobis sub sacramento mirabili Passionis tuæ memoriam reliquisti*.

¡Adorad este designio del Salvador; creed esta verdad, y desde que estéis en presencia de la Eucaristía, ved como aparece el Jesús paciente y moribundo! Bajo pena de no responder á la intención del Augusto Institutor de los Sacramentos, el solo nombre de la Eucaristía debe expresar Pasión y muerte, así como el mismo Sacramento debe contener la virtud, la obra, la sustancia de la Pasión y de la muerte: ¡*Mortem Domini annuntiabitis!*

Supuesto este acto de fe, veamos con qué excelencia, con qué superabundancia, con qué

rigurosa exactitud une la Eucaristía al Cristo resucitado que encierra y al Cristo moribundo y muerto.

Ved en qué estado le constituye el acto consagrador en el momento del sacrificio: este es el estado de su muerte.

La muerte del Salvador consistió en que su alma, dejando su cuerpo acribillado de llagas, desfigurado, no teniendo ya nada de humano, le abandonó inerte y sin vida. ¿Qué es, pues, la Hostia sobre el altar? Es el Cristo vivo, sin duda; pero á causa del estado de pan y vino que toma, las especies sacramentales le privan de toda apariencia de vida, de todo movimiento, de toda acción, de toda libertad, entregándole á los elementos, á la voluntad del hombre, como un cadáver, y menos todavía, puesto que no conserva los rasgos que recuerdan al hombre en el despojo humano.

La comunión acentúa la significación de la muerte, pues nos le entrega como un alimento. Uno no se alimenta más que de cosas que han perdido su ser natural, ó que han pasado por la muerte, si se trata de alimentos que han tenido vida.—En seguida viene á perderse en nosotros este ser sacramental tan frágil y que tan poco vive, pero que le daba al menos una

existencia independiente, un ser á él. ¡Él se pierde y se funde en nosotros: este es un paso de más que da hacia la muerte.

Siendo su presencia en el Tabernáculo de día y de noche la continuación del estado de pan tomado en el sacrificio, no hace más que perpetuar su estado de muerte. Y esto no es sólo por tres días como en el sepulcro, sino por todos los siglos. Tomadas estas significaciones que se confirman la una á la otra, todas estas afirmaciones redobladas deben, pues, conducirnos á ver inmediatamente en la Eucaristía la Pasión y la muerte del Salvador. ¡He allí al Salvador traicionado por Judas, condenado por Pilatos; flagelado y coronado de espinas por los soldados; clavado sobre la Cruz por los verdugos, y muerto en el abandono de su Padre: hele allí! ¡Es Él y no otro!

Sois Vos mismo: ¡oh Jesús! la fe me lo dice; mi corazón me lo hace sentir; yo no puedo estar un minuto en vuestra presencia y preguntarme quién sois, sin que al momento el estado en que os veo me diga que sois el Hombre del dolor, el Divino Crucificado.

No es un relato quien me lo enseña, ni una imagen quien me lo recuerda, sino Vos en persona, que estáis allí, y esa inercia, ese silen-

cio, esa forma de cosa y no de ser humano, que continúa en la única manera posible vuestra muerte aquí abajo.

Y sois Vos quien, presente bajo estas señales de muerte, obrando espiritualmente sobre mi alma, mientras que todo lo exterior obra sobre mis sentidos, me decís, me gritáis de manera que no pueda dejar de oírlo: ¡Yo soy el Crucificado! ¡Yo soy el agonizante del Jardín de los Olivos! ¡Yo soy el acusado sin defensa; el condenado sin pruebas, el flagelado. Yo soy quien tuvo sed, quien fué flagelado, traicionado, abandonado, insultado, burlado, golpeado; soy Yo y no otro! ¿Dónde buscas á Aquel que ha muerto por ti, oh alma que no puedes vivir más que al precio de esta muerte? Heme aquí. No me busques en otra parte más que en el Sacramento; en ninguna parte estoy en realidad más que aquí; y todos los signos de mi Sacramento son para hacerte conocer á tu Salvador paciente y moribundo. ¿No me conoces? ¿Qué necesito hacer para ser reconocido por ti? ¿Es á mi imagen ó á mí mismo á quien buscas? ¿La prefieres á la realidad de mi persona? Entonces, ¿dónde está tu fe? La imagen de mi muerte no me cuesta nada, y es insensible; pero para continuarte el recuerdo

de mi muerte en esta realidad de mi presencia, yo he debido afrontar y soporto aún inmensos sacrificios, de los que cada uno vale una muerte.

¡Oh Jesús oculto bajo la Hostia! os reconozco por el Hombre de dolor, por el Crucificado, por mi Víctima, muerta sobre el Calvario, con María, con la Verónica y las piadosas mujeres que os siguieron llorando, con San Juan y el Buen Ladrón, os adoro sobre el Calvario del altar, monte de vuestro Sacrificio y de vuestra muerte, tan real y verdaderamente como el Calvario de Jerusalén. Yo os hago honroso desagravio por haberos desconocido tantas veces. De hoy en adelante yo sabré encontraros en vuestra Eucaristía y ver en ella vuestra Pasión y vuestra muerte, con todo el amor de la una y de la otra.

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Bendito seáis, oh Jesús, que habéis instituído de vuestra Pasión un memorial tan completo y vivo, tan eficaz y poderoso, tan dulce y tan conmovedor, tan sabiamente conforme á vuestros designios como á mis necesidades.

Vuestra Pasión es mi vida por el tiempo y

la eternidad. Fuera de la fe á vuestra muerte y de la participación á vuestra sangre, no hay salvación eterna para mí, ni perdón aquí abajo, ni esperanza, ni fuerza, ni virtud, ni consuelo: todo lo encontramos en vuestra muerte, que sola nos ha dado todo lo que el pecado nos había hecho perder.

Tengo necesidad de vuestra Pasión; es preciso que yo participe abundantemente de ella, y que á ella pueda recurrir fácilmente con toda confianza y á todo instante.

Vos sabéis todas estas cosas, oh Maestro, pues con vuestro poder soberano las habéis arreglado así. Asimismo para hacerla venir hasta mí habéis instituido millares de canales: la oración, el Evangelio, los Sacramentos, vuestro recuerdo, las santas imágenes; y por todos estos medios recibo gracias, efectos maravillosos, instancias, lecciones, algo, en fin, de vuestra pasión.

¡Mas esto no bastaba! Así como queríais extender y perpetuar en persona vuestra venida á la tierra por la Encarnación, permaneciendo realmente siempre presente en el Sacramento, así habéis querido extender á todos los hombres, perpetuar en todos los siglos vuestra Redención, continuando en persona vuestra Pa-

sión y vuestra Muerte, en el estado de muerte de este mismo Sacramento.

¡Y Vos habéis sido sabio y bueno, previsor y condescendiente por nuestra miseria en esta institución! Porque ni el Crucifijo, ni el Evangelio, ni los otros medios hubieran podido guardar entre los hombres bastante vivo el recuerdo de vuestra Pasión. Era preciso que continuárais Vos mismo muriendo todos los días ante nuestros ojos.—Y á pesar de los sacrificios de tal condición, á pesar de las ignominias que os debían rodear, os habéis sacrificado, habéis quedado sobre vuestra Cruz y estaréis en ella hasta el fin, repitiendo al mundo sin interrupción que habéis muerto por su amor y por su salvación. ¡Oh superabundancia de las condescendencias divinas! ¡Bendita seáis!

Yo conoceré de hoy en adelante á mi Salvador muerto por mí; yo gustaré la suavidad del amor que corre con su sangre de su cuerpo desgarrado como el jugo de la uva hollada en el lagar; acercaré mis labios sedientos á la fuente viva que brota de su corazón traspasado. Esta Hostia ha sufrido, ha sido condenada y entregada á la muerte, y ella me amaba ya entonces, y me ama con el mismo amor

que me tuvo sobre la Cruz; porque es la misma muerte la que continúa padeciendo por mí, aunque bajo otra apariencia. ¿De dónde puede venir la identidad de la muerte, afrontada y sufrida, si no es de la identidad del amor?

Sin la Eucaristía, la Pasión no me dice nada que sea bastante vivo, ni bastante amante sobre todo; no me presenta la plenitud de la redención y de sus frutos, ni sus dulzuras, ni su amor.

Pero vuestra Hostia, oh Cristo, es el retrato vivo, completo, dramático, exacto, patente y sublime de vuestra Pasión. Vuestra Hostia es mi cruz cargada de su adorable Víctima; es mi Crucifijo que me guarda y presenta, doquiera y siempre, al Redentor de mis pecados para que llore á sus pies.

Y si la presencia real me muestra tan vivamente al Crucificado, la Misa, renovando su muerte, completa de nuevo toda justicia y toda salud: Dios es tan adorado, satisfecho y suplicado, como el hombre purificado, salvado, rescatado á cada misa tanto como en el Calvario: es el mismo fin, las mismas obras, los mismos frutos, el mismo valor, porque es el mismo Sacerdote y la misma Víctima inmolándose siempre verdaderamente á Dios y á los hombres.

Y la comunión me trae al Crucificado, me une corporalmente á Él, en una identidad profunda; Él está en mí, yo estoy en Él y puedo decir entonces con toda verdad, como San Pablo: *Christo confixus sum Cruci*. Yo estoy unido entonces, identificado, no á la cruz desnuda, sino al que muere sobre la cruz. Al venir á mí, aplica á mi alma, á mi espíritu, á mi corazón, á mi voluntad, á cada uno de mis miembros y de mis sentidos, las virtudes que ha practicado, los méritos que ha adquirido, la eficacia santificante conquistada por cada una de sus potencias durante su Pasión. Cada comunión es para hacerme morir y sepultarme con Jesús Crucificado: dichoso sepulcro, de donde saldré con Él el día de mi gloria, cuando ya esté allí rehecho por Él según sus eternos designios. ¡Oh, qué obra! El obrero la hace en persona; obra en nosotros su propia muerte, sin cuya reproducción no podemos ser salvos, porque sólo resucitarán los que hayan muerto con él.

¡Vos sois bueno, demasiado bueno, os diré una vez más, oh dulce Cordero inmolado todos los días!

Y como, aunque vuestra muerte nos sea necesaria, no podéis morir realmente, atento á

que esto es contrario á vuestro estado de resurrección; como, por otra parte, sería sobre la tierra un espectáculo horrible que un hombre fuese puesto á muerte sangrienta en todos los lugares del globo, ponéis colmo á vuestra bondad muriendo con una muerte que os deja sin embargo vivir en Vos mismo, y cambiando el acto que os inmola y que era un crimen en el Calvario, en un acto muy santo, muy meritorio y muy dulce para el que lo verifica. En lugar de un verdugo, es un Sacerdote que os adora y os ama, que inmolándoos se santifica; y nosotros podemos ver efectuarse toda vuestra Pasión ante nuestros ojos, sin experimentar ningún terror de sangre vertida, sin oír ninguna queja de la santa Víctima. ¡Dios mío, bendito seáis también en vuestra sabiduría y en vuestra bondad!

### III.—REPARACIÓN.

Jesús, en virtud del estado glorioso que tiene desde su resurrección, está regularmente exento de todo sufrimiento de cuerpo y de alma y no puede morir más. Esto es de fe.

Por lo tanto, la Eucaristía es el Memorial de su muerte. Esto es también de fe. ¿Es ésta

un simple memorial material, un signo desnudo é insensible como una inscripción ó un monumento que recuerda la muerte de un ser amado?

No, en verdad. Muchos, ¡ah! muchos lo creen así, y por esto no comprenden lo que hay de más dulce y santificante en la Eucaristía; ellos ignoran asimismo la forma de la devoción y del amor más capaz de agradar al Dios del Sacramento: la compasión, el amor de condolencia, la simpatía dolorosa y aflicta por los males del amigo. ¡Perdonadme, divina Víctima, de haberos desconocido hasta hoy en vuestra inmolación eucarística, y de haber permanecido insensible hasta este momento á la Pasión nueva y á la muerte que sufrís desde la Cena y sufrireis hasta el fin sobre el altar!

La Eucaristía no sólo es un recuerdo, sino que es la continuación de la Pasión de Jesús; la continuación real, auténtica, completa, aunque bajo otra forma y en condiciones diferentes de su Pasión y de su muerte.

No pudiendo, pues, sufrir del mismo modo que en su vida mortal, y queriendo continuar su Pasión y su muerte por una pasión y una muerte real, aunque de nuevo género, ¡ved con qué profunda realidad y patente heroísmo lo

hace! Constituyéndose en las condiciones de pan y vino que toma para hacerse Sacramento, y aceptando las consecuencias verdaderamente humillantes y dolorosas para su corazón á que le expone este estado de cosa inerte, vulgar, sin acción y sin vida.

Desde luego la Eucaristía permite echar mano directamente de Él para ultrajarle; sólo de este modo se consigue atraparle: las especies son las cadenas que le entregan á discreción de sus enemigos. No se diga que sólo se echa mano á los signos sin alcanzar á la realidad viva que envuelven. Los verdugos que despojaban al Salvador, los que maltrataban su rostro ó herían su cuerpo, ¿no alcanzaban á su corazón para afligirlo, á su alma para llenarla de dolor, á su divinidad para ultrajarla? ¿Son las especies sacramentales menos que el vestido del Cristo Eucarístico? Son mucho más que esto; son un elemento del Cristo Sacramental: pues la Eucaristía se compone de dos elementos inseparables: la sustancia de Jesús y los signos del pan. Por esto es que en la Hostia entera adoramos con un solo culto de adoración divina al Cristo y á las especies que le contienen.

Idéntica cosa sucede cuando se le ultraja:

alcanzarán á Cristo los desprecios y los ultrajes que se dirijan al Sacramento. Ved, pues, á qué punto es entregado el Cristo en su estado sacramental. A los elementos naturales que descomponen la Hostia; á los animales que pueden hacerlo su presa, pisotearle y consumirle; á los sacrílegos y á los profanadores: ¿qué resistencia puede oponer á todas estas violencias?

¿Acaso no sufre el Salvador el ultraje de las negaciones, de los insultos, de las blasfemias, del desprecio público como en su Pasión?

¿No es, acaso, traicionado por los suyos, renegado por muchos, abandonado por todos en muchas ocasiones?

¿No es, acaso, arrojado por tierra en las apariencias de su Hostia? ¿atravesado de puñales? ¿cubierto de heridas? ¿colmado de golpes? ¿maltratado y pisoteado? — ¿No gime, acaso, abandonado á los gusanos, en los tabernáculos convertidos para Él en calabozos de ignominia? Enclavado en su Hostia y no pudiendo salir de ella, ¿no se ve devorado por la sed, privado del amor de los suyos á quienes le sería tan dulce recibir? ¿No recibe, decidme, el colmo de la ingratitud y de la dureza?

¿No escucha también los arrogantes desafíos

y las soberbias provocaciones de sus enemigos triunfantes sobre su silencio y su impotencia?

¿Y no parece, en verdad, abandonado de Dios, de los ángeles y de los hombres, cuando los malhechores profanan la Hostia adorable, la estrujan, la mutilan y la arrojan á las inmundicias?

¿No es, por último, una piedra pesada, fría y sellada la que, con ignominioso peso, pesa sobre Él, estas especies que ocultan á las miradas de los que le aman su rostro adorable y lo mantienen bajo la dependencia de sus enemigos?

¿No es el estado sacramental la muerte del Salvador?

Tenéis razón; éste es mil veces peor que la muerte.

La muerte arranca la Víctima á los verdugos; es un fin del sufrimiento; es en realidad una redención.

El estado sacramental es una muerte unida á la vida, que pesa sobre la vida, que sofoca la vida; es la inhumación de un ser enteramente vivo, que continúa viviendo, sintiendo y recibiendo ultrajes y golpes del odio de sus encarnizados enemigos.

¡ Oh memorial de la Pasión y muerte de mi

Salvador! ¡ Con qué terrible realidad continuáis recordándolas! Y teniéndoos á la vista, perpetuando en realidad vuestra muerte por mí, ¿podría abandonaros para buscar en otra parte un recuerdo más palpitante y más eficaz de vuestro amor redentor? ¡ Oh ignorancia, estupidez y dureza de mi miserable corazón! ¡ Qué hombre tan de poca fe soy yo! Si mis sentidos me muestran una imagen de Jesús que sufre, me conmoveré aunque esté sin vida y sin amor. La fe me grita que Jesús en persona, devorado y consumido de amor por mí, está allí en unos suplicios é ignominias peores que las de su Pasión; en un estado más lamentable que el de su muerte: ¿y el grito de mi fe me deja sordo, indiferente é insensible hacia mi mismo Salvador?

No me condenéis como lo mereciera, ¡ oh misericordiosa Víctima de mi triste corazón! Al contrario, hacedme la gracia de darme un corazón compasivo que comprenda cómo habéis sustituido á vuestra Pasión sangrienta vuestra Pasión eucarística, á vuestra muerte sobre la cruz el anonadamiento sobre el altar, en los lazos de independencia y de inercia de un signo material que os entregue amante á la indiferencia de vuestras ingratas criaturas, glo-



rioso al desprecio de nuestro orgullo, vivo á los malos tratamientos del odio de los hombres y del demonio.

#### IV. — SÚPLICA.

Las gracias que debemos implorar se desprenden de las consideraciones precedentes y de las resoluciones que necesariamente engendran.

La primera resolución que hay que tomar y la primera gracia que hay que pedir es meditar asiduamente la Pasión y la muerte del Salvador ante su Memorial siempre presente. No deberíamos pasar un solo día sin hacerlo. La santa Misa cotidiana nos presenta la ocasión más favorable. Esta es el acto que cumple, en realidad, la renovación de la muerte del Salvador. Ella despliega bajo nuestros ojos el divino Memorial en toda su actualidad, cuando á las palabras de la consagración Cristo reviste sobre el altar el estado de pan y desciende obediente, apresurado y silencioso al sepulcro de las especies á que le arroja su amor la necesidad de entregarse por nosotros. Consideremos entonces los motivos de la Pasión, las virtudes

que muestra en ella el Salvador y los fines que prosigue: sigamos paso á paso cada una de las circunstancias de este drama del amor infinito: la presencia de la santa Víctima, la renovación de su Sacrificio, las virtudes depositadas en este Sacramento para derramarlas en las almas, obrarán en nosotros, nos dispondrán á entrar en comunión de pensamientos, de amor, de generosidad, de imitación con nuestro modelo. Entraremos en las llagas de Jesús, penetraremos en su corazón, descenderemos á las regiones profundas y desoladas de su alma; nos asimilaremos á la Pasión y acabaremos por comprenderla.

Este primer resultado, por el cual sería preciso sacrificar con alegría todas las felicidades de la tierra, y dar mil veces la vida, lo obtendremos con mayor seguridad si comulgamos sacramentalmente á la Víctima. El fin mismo de la institución del Sacramento es reproducir en las almas el eficaz recuerdo de la Pasión de Jesús y de su muerte; recuerdo eficaz, es decir, vivo, activo, fecundo, duradero, que nos hace realmente pensar, sentir, sufrir como Jesús por las mismas causas y para los mismos fines.

¿Puede encontrarse un medio mejor para penetrarse de las cualidades de una cosa que

alimentarse de ella? Nosotros nos alimentamos de la carne flagelada y desgarrada; de la sangre derramada con dolor en la lucha de la agonía y de la que brotaba á los golpes; del corazón yerto por la ingratitud y la traición, destrozado por la apostasía de sus amigos; nos alimentamos de los sufrimientos y de la muerte, y también de la intrepidez de esta carne que ha resistido hasta el exceso; del amor heroico de este corazón que ha amado hasta el fin; de las virtudes, de la fuerza, de la paciencia, de la dulzura, del amor, en fin, de esta alma que se ha sometido siempre, que se ha entregado siempre, por Dios, porque ella quería su triunfo, por nosotros, porque quería nuestra salud. ¡Ah! comulguemos á la Pasión de Jesús y á su muerte! Pongamos nuestro rostro contra su rostro desgarrado, nuestro corazón contra su corazón desolado, nuestras manos contra sus manos atravesadas; ajustémonos á esta Víctima adorable. Y allí, unamos nuestra alma á la suya, perdámosla en los dolores y en las virtudes, en la vista y amor de su grande alma.

Comulgar es esto: entrar en Jesús, hacerse uno con Jesús, identificarse y fundirse en Él; pero en el Jesús sufriente y moribundo: porque

sólo en Él se encuentra el remedio á nuestros vicios, la destrucción de nuestros pecados, la curación y la vida.

En seguida, y sobre todo, pidamos la gracia de un precio inestimable, de la compasión, del amor de condolencia, de la ternura de corazón para el Jesús paciente y moribundo; la gracia de complacernos en meditar sus sufrimientos, en estarnos largo tiempo sin cesar ante Él para consolar con nuestra presencia la fría soledad en que se encuentra; la gracia de conocer el secreto de las palabras que fortifican y elevan y de las que consuelan y dulcifican; la gracia de las santas lágrimas, que mezcladas á las de María y de Magdalena derraman la frescura sobre las llagas y parecen llevar en sus torrentes lo que hay de más ardiente en los dolores; y, por último, la gracia de tener el corazón bastante puro y amante, el alma bastante bien dispuesta, para aproximarnos tan íntimamente y con una sinceridad tan entera á nuestro Salvador, que pueda verter en nosotros la inmensidad de sus sufrimientos, pasarnos una parte de ellos, descargarse un poco sobre nosotros. Allí está la perfecta compasión: «tomar en sí los sufrimientos del Amigo» (S. Francisco de Sales), y entrar en comunión de sus dolores:

«*In communionem ærumnarum venire.*» (San Juan Crisóstomo.)

¡Ah, si pudierais tener siempre un corazón compasivo, tierno, conmovido, herido y agonizante de dolor por los sufrimientos, las humillaciones, el amor de Jesús moribundo! ¡Si pudierais tener el alma siempre tan llena de sus tristezas, de sus abandonos, de sus dolores íntimos, que llegarais á ser como impotente para reír y gozar sobre la tierra! Esto podría ser siempre que llevarais «en vuestro pecho á vuestro Bien amado como un ramo de mirra, cuya presencia y perfume sería para vosotros la mayor de las fuerzas para afrontar el sacrificio y la mortificación, y el más dulce de los consuelos para soportar la prueba y la desolación: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi: inter ubera mea commorabitur.*»

Por último, como toda adoración completa invoca el homenaje de la vida práctica, es decir, de la virtud efectiva, pedid la gracia y tomad la resolución de practicar el gran deber cristiano del sufrimiento: saber que es preciso sufrir, no temer el sufrimiento como el más grande de los males, no escandalizarse cuando llegue, acogerle como desprendido de la Cruz de Jesús, que pasó por su Corazón; después su-

frirlo humilde, paciente y religiosamente, con amor, en una unión estrechísima con nuestro Jefe invocado, recibido, invocado asiduamente; he ahí la gracia de las gracias, la adoración perfecta; he ahí la santidad.